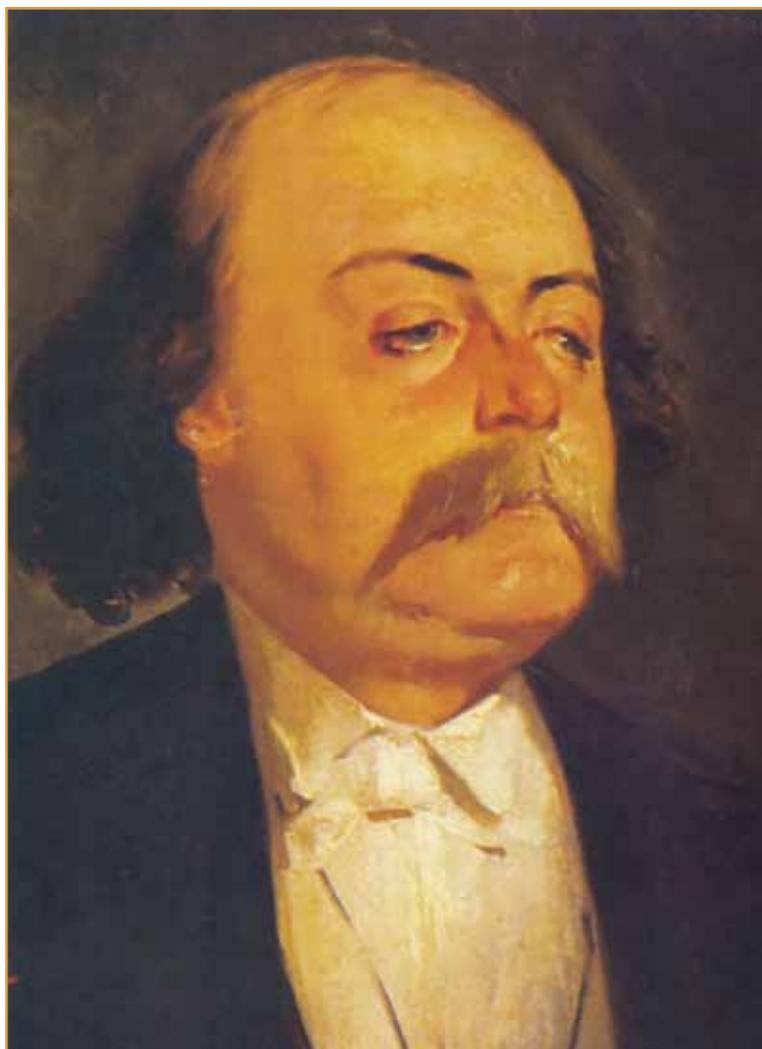


CARTAS DE
FLAUBERT
A MADAME COLET



Traducción de Ana Lucía Vásquez

Leer o releer buenas cartas siempre es un placer. Y muy buenas son las que Gustave Flaubert escribió: cuidadosas en el lenguaje, pero con la carga vital del que escribe a punto de despeñarse y necesita, de cualquier modo, dejar salir lo que se agita dentro de sí.

La destinataria más famosa de sus misivas fue Madame Colet, cuyo nombre primero fue Louise Révoil, y quien nació en 1810 en una provincia francesa, pero muy joven se fue a vivir a París, un tiempo después de casarse con el flautista Hippolyte Colet. Allí, movida por su gusto hacia el arte, estableció relaciones muy cercanas con diversas personalidades del mundo cultural parisino, entre ellas, el ya mencionado Flaubert, con quien sostuvo un romance, causal de la correspondencia que los perpetuó en las letras.

Las cartas que llegan con este número son todas del lado de Flaubert para imaginar el lado de Colet, y pertenecen a los años 1847 y 1852. Hay en ellas una recurrente preocupación por su oficio de escritor, tanto como por las que consideraba terribles carencias de su existencia y de su persona, pero además muestran en plenitud la dicha y el dolor alternados de un amor más bien tortuoso. Son pues, a más de siglo y medio de distancia, sin el peligro de lo íntimo expuesto a la luz voraz de los contemporáneos, una delicia para los que gustan de la infidencia sentimental o literaria. Según se prefiera.

Ruán, enero de 1847

La primera carta que recibas de mí te dirá positivamente el día de mi llegada. En cuanto a la hora, no estoy tan seguro de ser exacto, se puede perder un tren.

Tu carta de esta mañana (recibí dos a la vez, una del jueves y una de ayer), hablo de la de ayer, habría ablandado a los tigres y no soy un tigre. Soy un pobre hombre muy sencillo y muy fácil y muy *hombre*, “muy tornadizo y diverso”,¹ cosido a retazos y remiendos, lleno de contradicciones y de absurdos. Si no entiendes nada en mí, tampoco yo entiendo mucho más. Todo esto es demasiado largo de explicar, y demasiado aburrido. Pero volvamos a nosotros: ya que me amas, te sigo amando. Amo tu buen corazón tan ardiente y tan vivo, tu corazón tan vibrante, cuya melopea interna se modula alternativamente en tiernos sollozos y en gritos desgarradores. No pensé que era tal cual es. Cada día me asombros. Y termino por creer que soy tonto, pues experimento singulares asombros cuando veo esos tesoros de pasión... mina de oro que me abres para mi contemplación en la intimidad.

Ah, yo también te amo, léela, esa palabra de la cual eres ávida y que no obstante te repito en cada línea. Pero cada uno, sabes, piensa, goza y ama, vive, en fin, según su naturaleza. No tenemos todos sino una jaula mayor o menor, donde toda nuestra alma se mueve y da vueltas. Todo esto es cuestión de proporción. Todo lo que nos asombra y escandaliza es lo que encanta y seduce a otros. El heroísmo de este corazón es el estado diario de aquel, y así sucesivamente. Yo, a lo mejor, no estoy hecho para amar, y sin embargo siento que amo, tengo conciencia de ello, conciencia íntima y profunda. Tu recuerdo me suaviza, tus cartas me conmueven y las abro con estremecimiento. Es lo que me causa el imaginarte. ¿Sientes tú todo eso? Pero quizá tengas razón, soy frío, viejo, aburrido, lleno de caprichos y de necedades y, a lo mejor, también egoísta. ¿Quién no lo es? Desde el bribón capaz de hacerse un

buen consomé con su familia completa, hasta el intrépido que se arroja bajo la nieve para salvar a unos desconocidos, ¿no busca cada quien de acuerdo con los apetitos de su naturaleza, una satisfacción personal que orienta en detrimento de los demás o en ventaja suya, según el objeto del acto? Pero el primer impulso es siempre del Yo, como diría el filósofo,² y converge para volver a él. ¡Qué importa! que yo sea el que soy u otro distinto, pero no estás tratando con un ingrato. Uno se parece más o menos a cualquier manjar. Hay cantidad de burgueses que son para mí una carne hervida, mucho humo, nada de jugo, y ningún sabor. Llena inmediatamente y nutre a los patanes. También hay mucha carne blanca, muchos peces de río, anguilas delicadas que viven en el fango de los ríos, ostras más o menos saladas, cabezas de ternera y papillas azucaradas. Yo soy como los macarrones con queso, que forman hilos y apestan; es necesario estar acostumbrado, para apreciar el gusto. A la larga uno se acostumbra, después de haber sentido náuseas muchas veces. ¿Qué son esas tristes inclinaciones? ¿No sería mejor coger las peras que cuelgan de lo alto de los árboles, que melones que maduran sobre un buen estiércol?

Vivamos entonces juntos, ya que te resignas. ¿Recuerdas aquel viernes en que no fui a casa de Fidias? ¡Me lo reprochaste, pobre corazón! Presentía todas las molestias que te he causado. ¡Esas lágrimas que derramabas, ya las llevaba yo en mi pensamiento como una nube de tormenta en un cielo de verano!

Siempre buena, siempre solícita, espionando todo lo que puede complacerme, me enviaste tu Volney.³ Te lo agradezco mucho (mi hermano lo tiene). Pero lo que no tiene es este bonito pañuelo que estaba tan bien envuelto entre los dos tomos. Lo usaré en París; me lo verás muy pronto. Mira, ¿quieres que te diga una cosa que me pesa en el corazón? Vales más que yo. Hubieras debido encontrar a otro hombre. Siento toda la inferioridad de mi papel y siento que te hago sufrir, aunque quisiera poder colmarte de todo, busco en mi pobre cerebro y no encuentro nada, nada, como si mi corazón fuera un eunuco que sólo ambiciona el deseo y el sufrimiento.

La historia de Emma es bastante curiosa. Conozco un poco un Dulac que era estudiante de Derecho o de Medicina. Ya no me acuerdo. O tal vez otro.

Puedes *fastidiar* a Stello⁴ si eso te complace.

Adiós, querida, te doy un beso largo en tu pobre corazón.

Tuyo.

Du Camp me habla de ti. Parece ser muy devoto tuyo. Pero le pareces muy triste. Él me escribe que hace todo lo posible por levantarte la moral. Pero no lo parece. ¿Qué te dice?

Ruán, lunes 11 de enero de 1847, 3 de la tarde

Te envió un beso en la frente y otros dos en las mejillas. Una vez más, qué desgracia para mí el haberte hecho el regalo de mi persona. Valías mucho más que eso. A cambio de tu oro te di estiércol. ¿Es culpa del estiércol el no ser ya paja fresca? Sí, sigamos siendo amigos, escribámonos de vez en cuando. Confía en mí siempre, como si aún permaneciera sobre este pedestal en el que tu amor me colocó. Ahora que está derribada la estatua, ¿no es cierto que no es de plata, sino de plomo? Parodiando un verso de Musset, puedo decir:

*Llegaste demasiado tarde a un hombre demasiado viejo.*⁵

Si te hubiera considerado de índole más mediocre, te habría mentido. ¡No tuve el valor! habría sido rebajarte ante mis ojos. No fui hecho ni para la felicidad ni para el amor y jamás he disfrutado de ambos más que el olor, como los granujas que olfatean el tragaluz de Chevet. Ansían todo lo que se guisa, se dicen: ¡Ah!, ¡si estuviera dentro, cuánto me regalaría, cuánto comería! —Hazlos bajar a la cocina y ya no tienen hambre, porque el humo del carbón les da jaqueca.

Si hubieras sabido conformarte con el tono de una galantería condimentada con un poco de sentimentalismo y de poesía, no hubieras quizá experimentado esta caída que tanto te ha hecho sufrir. Pero el corazón es como la voz; cuando grita, queda afónico.

¿Por qué, pobre mía, te obstinas en compararte con una *puta*, en cuanto al efecto que me produces? Te encanta el paralelismo. Qué tontería.

¿Por qué me reprochas el que quisiera regalarte un brazalete después de la primera noche, y no habértela enviado, mejor, en Año Nuevo? Crees entonces que soy muy patán; a falta de corazón, ¿me niegas también las más elementales nociones de cortesía? Qué nefasta manía tienes, querida niña, al querer siempre ahondar en tu alma para ampliar el agujero. —La razón de aquello, por ejemplo, es muy sencilla: en aquel momento tenía dinero; ahora ya no lo tengo, eso es todo—. Vivo y he vivido siempre en una estrechez horrorosa, que me hace taciturno, irritable y humillado interiormente. Los harapos que a otros avergüenzan, yo los llevo debajo de la piel. Tengo necesidades desordenadas que me hacen pobre con más dinero del necesario para vivir, y preveo una vejez que acabará en el hospital, o más trágicamente. Sin duda me veré forzado a ello cualquier día, pues el unir la afición al oro y el desprecio de la ganancia conduce a un callejón sin salida, en donde el hombrecillo se asfixia, atenazado. En fin, no importa, nadie me comprende a este respecto, inútil es entonces abrir la boca.

¡Ah! Si supieras cuántos hundimientos y desánimos sufre a cada minuto mi orgullo, que te parece tan grande, lo compadecerías en vez de odiarlo. Pero no quiero hablarte de todo eso ni de otras mil cosas peores que me acompañan diariamente, jauría embarrada, que bosteza y se hace gala frente al fuego, ocupando el lugar del amo.

Los detalles de la boda de Emma Marguerite me han encantado poco. Son algo muy vulgar. Hay satisfacciones burguesas que asquean, y felicidades corrientes cuya vulgaridad me repugna. Es por eso que siempre estoy prevenido contra Béranger, con sus amores en los desvanes y su idealización de lo mediocre. Jamás he entendido que se estuviese bien en un desván, a los veinte años.⁶ ¿Y se está mal en un palacio? ¿No está acaso el poeta para trasladarnos a otra parte? No me gusta volver a encontrar el amor de la modistilla, la garita del portero y mi traje raído allí a donde voy para olvidar todo aquello. Que la gente que sea feliz así, que lo sea, pero presentarlo como belleza, no, no. Prefiero soñar, aunque me cueste sufrirlo, con divanes de pieles de cisne y hamacas de pluma de colibrí.

¡Qué singular idea tienes al querer que se continúe *Candide*! ¿Es posible? ¿Quién lo hará? ¿Quién podría hacerlo? Hay obras tan espantosamente grandes (esa, una de ellas) que aplastarían a quien quisiera cargar con ellas. Armadura de gigante; el enano que se la pusiera a la espalda quedaría reventado antes de haber dado un paso. No admiras lo suficiente, no respetas lo suficiente. Tienes amor por el arte, pero no su religión. Si experimentaras un deleite profundo y puro al contemplar las obras maestras, no tendrías a veces tan extrañas reticencias. Y no obstante, tal como eres, uno no puede evitar el sentir por ti una ternura y una propensión involuntarias.

Adiós, tuyo.

Viernes, media noche.

Ruán, 15 de enero de 1847

¿Has estado enferma, querida amiga? Has sufrido. ¿Debo lamentar el no haber estado allí? Tal vez hubiera calmado tus dolores; tal vez; desafortunadamente, los hubiera aumentado, ya que soy la causa de ellos. Trata de no complacerte en el dolor. Tiene su encanto como todo lo que es intenso. Las fascinaciones de la tristeza no son menos peligrosas que aquellas de la felicidad. Atraen mucho más aún. Me hablas de que has tenido una especie de alucinaciones. Cuídate de ellas. Se tienen al principio en la cabeza, luego se presentan delante de los ojos. Lo fantástico te invade, y se convierte en atroces jaquecas. Uno cree volverse loco. Se hace realidad, y se tiene conciencia de ello. Uno siente que el alma se le escapa y todas las fuerzas físicas gritan luego para volver a llamarla. La muerte debe ser algo semejante, cuando se tiene conciencia de ella.

No estoy tampoco perfectamente bien. Pero la máquina funciona, aunque el engranaje chirrea, para durar más tiempo. Me vuelvo cada vez más sombrío, más desabrido y huraño. Soy insoportable, me doy cuenta. Todo me hiere y me ofende. Debería abandonarlo todo, ir a vivir a otro lado, aspirar una buena bocanada de aire. La brisa me haría bien. Necesito ver árboles frondosos y cabalgar por un amplio camino en Asia, a pleno sol, bajo una luz rojiza. Como cuando uno se

baña sin estar sucio, una gran limpieza interior me sería muy útil.

Crees que amo mucho el estudio y el arte porque me dedico a ellos. Si hiciera un sondeo profundo en mi interior, quizá sólo descubriría que se trata de una costumbre. Sólo creo en la perpetuidad de la *ilusión*, es la verdad verdadera. Todo lo demás es sólo relativo.

No me trates ya más de egoísta, aun dentro de tu corazón. Quisiera serlo, eso es todo. ¡Le pido al cielo que llegue a serlo!

Aún me amas. Gracias por tanto amor. Hay de qué colmar un corazón ávido. Existen tesoros ante los cuales uno se siente melancólico, pensando que no fueron hechos para nosotros. ¿Quién pensó querer beberse el mar? Pero se vacía un vaso. Me juzgaste muy grande, pequeña. Si me hubieras visto como se ve a todo el mundo, hubieras pasado cerca de mí sin mirar, o me hubieras abandonado sin ningún dolor. Yo no te abandonaré primero. Piensa siempre en mí, pero trata de no juzgar, y tu alma se vengará de tu corazón. En cuanto a mí, cuerpo y alma te aman de una manera extraña y desafortunadamente cambiante.

Adiós, un beso en tu hermosa frente.

Ruán, sábado, a las cinco. 27 de febrero de 1847

Si en vez de acusarme tanto, de insultarme, e incluso de ultrajarme, te tomaras un poco de tiempo para esperar y reflexionar, si contuvieras un poco tu indomable y fogoso carácter y si tus ojos, alternativamente llenos de lágrimas o de ira, quisieran abrirse a la evidencia, verías que no soy un monstruo, ni un ser indiferente, pues a estas horas llevo ya quince días largos arreglando y preparando un viaje a París. Pero, ¿para qué decírtelo siquiera? Cuando me marche seguirás sin querer oír nada. Me recibirás llorando y me despedirás de nuevo con una maldición en tu corazón. Eres también demasiado injusta, eres devoradora y exclusiva. —Por mucho que uno haga, o diga, nada, nada. No podrás negarme que en el fondo del alma odias cordialmente a este querido hermano Du Camp. Es la regla: no hay mujer ni amante que quiera al amigo de



su amante. Le temen, o tienen celos de él. He conocido a algunas que estaban celosas de un perro, otras, de una pipa. Todo el tiempo que se dedicaba a otras cosas, parecía haberseles robado. He visto a algunas (ie inteligentes, por cierto!), irritarse ante el entusiasmo que mostraba uno por un libro o una pintura... en fin, continuemos, y volviendo a Maxime, si uno de nosotros debe guardarle rencor en todo este asunto, soy yo. En lo que a ti respecta, te ha servido, en relación a mí, con una abnegación rara en un hombre sin interés en la cuestión.

Si no crees en nada de lo que sale de mi corazón, al menos creerás en la probidad más vulgar. Pues bien, este honor te declara que *jamás* he tenido la intención de hacerte sufrir, como me acusas de ello tan amargamente. Pero, ¿por qué, en lugar de arremeter contra mí, no ves en tu sufrimiento uno de esos elementos inevitables de la vida? Que el amor traiga consigo la desgracia es tan lógico y tan eterno en cualquier parte como el relámpago que anuncia la lluvia, como el retumbar del trueno, que anuncia el rayo. Al amor le pusieron una venda, pues resultaba embarazoso mostrar sus ojos. Hubiera sido algo demasiado feo. Después de tanto tiempo llorando, deben estar rojos. Y si al menos desde el principio hubiera dicho yo las eternas palabras mentirosas que tanto encantan, “¡siempre!, para

toda la vida, etc.”, frases que se saben falsas cuando se escuchan, pero se aman porque parecen embriagar, ¡así como el aguardiente! En vano se está enfermo de indigestión a causa de la noche anterior; uno trata de persuadirse de que esta vez será menos grave, que esta locura cantará siempre, que este adormecimiento no sufrirá los calambres del despertar ni los tirones de la fatiga. ¡Si yo me hubiera mostrado como el hombre de gran corazón, donde puede irse a beber, sin miedo de agotarlo, como a una fuente de alegrías serias y felicidades profundas, si hubiera ensayado mostrarte las perspectivas azules que se abren ante las nuevas pasiones! Pero sabes muy bien que no, sabes muy bien que no. Bastante me lo reprochaste. Pues bien, me equivoqué. Es que vi demasiado lejos, que me creía más débil y más inconstante de lo que soy. Es que te quiero aún, cosa que puede parecerte singular, y que sin embargo no lo es. Pues, ¿qué hay de singular en ello? ¿Dónde está lo gracioso? ¿Dónde no lo está? Si no te he preguntado el detalle de las escenas con el legítimo,⁷ ¿no me escribiste que no querías transmitírmelo por carta, que me lo harías saber de viva voz? No te prometí ir el 28 de julio,⁸ precisamente porque tenía ganas de ir. Pero, ¿sí no puedo, si se presenta algo de aquí a entonces? Habría sido un perjurio más, ¿verdad? Tú nunca has querido enseñarme de ti misma sino los lados hermosos, siempre me hablas de tu abnegación, de la grandeza que hay en tu vida, de los deberes que cumples, etc. ¡Está bien! Pero creo haber tenido más confianza en ti. ¿No te he desplegado acaso, uno por uno, todos los dobleces de la tela, sin ocultarte agujeros ni zurcidos? Compartí contigo mi pasado, todos mis amores de juventud, mi familia y, cosa más extraordinaria para mí, mis obras. Podrías escribir toda mi historia. ¿Sé, acaso, un solo capítulo de la tuya? No lo pido, pero es para hacerte ver que no soy tan duro, tan cerrado ni tan áspero, y aunque me pidas una buena brutalidad para terminar, nunca la tendrás.

¿Por qué no amarse como debe uno amarse cuando tiene inteligencia? ¿Por qué no simplemente disfrutar del placer de estar juntos, buscar ese placer, escribirlo de vez en cuando, verse con

el rostro risueño y el corazón abierto, y que todo quede ahí? Vale la pena no ser completamente imbéciles para vivir como locos. Cuando se quiere que un río corra más aprisa, se le estrecha; se vuelve más profundo, pero sus aguas son más turbias. Cuando uno se suena demasiado fuerte, sangra. Cuando uno se zambulle demasiado hondo, se rompe la cabeza. Cuando se ama irracionalmente, se sufre desmesuradamente.

No soy un niño, ni un tonto. No tengo esa adoración de mí mismo que me reprochas en tu última nota, con un tono de abuela que le va mal a tu boca sonrosada, a tus dientes blancos y a tus hombros relucientes, y la prueba de que no soy fanático de los tonos crudos y de las ideas absolutas es que, tanto como me gustan en el arte los amores desordenados y las pasiones que gritan, tanto me gustan en la práctica las amistades voluptuosas y los galanteos sentimentales. Es posible que esto te parezca rocó o innoble. Con ardor, es posible que no resulte aburrido, y con corazón, que no sea sucio.

Adiós, un beso muy grande donde quieras, y si me guardas rencor por algo, yo te perdono todas las cartas que me escribes. Son las que forzosamente guardaría el hombre más indiscreto, ya que ellas no honran.

Adiós de nuevo, tuyo.



**(Croisset) viernes en la noche.
16 de enero de 1852**

Es posible que la carta que le escribí a miss Harriet a raíz de los acontecimientos de diciembre no le haya llegado, porque no he recibido ninguna respuesta. ¿Es necesario que le diga que me envíe el álbum,⁹ si no ha podido deshacerse de él ventajosamente o en parte?

La próxima semana es necesario que vaya a Rouen.

Pondré por tren *San Antonio* y un (presse-papier) que me ha servido durante mucho tiempo. En cuanto a la sortija, he aquí el motivo por el que aún no te la he dado: me sirve de sello. Me están montando un escarabajo que llevaré en vez de éste. Te enviaré pues muy pronto esta sortija.

Estoy asombrado, querida amiga, del entusiasmo excesivo que me manifiestas por algunos apartes de la *Educación*.¹⁰ En mi opinión, son buenos, pero no tan exageradamente como dices tú. En todo caso, no apruebo tu idea de suprimir del libro toda la parte de Jules para hacer un conjunto. Es necesario remitirse a la manera como el libro fue concebido. El papel de Jules es luminoso sólo a causa del contraste con el de Henry. Uno de los dos personajes, aislado, sería débil. En principio no tuve la idea de aquel personaje de Henry. La necesidad de un contraste me hizo concebir el de Jules.

Las páginas que te llamaron la atención (sobre el arte, etc.) no me parecen difíciles de hacer. No las haré de nuevo, sino que creo que las haré mejor. Es ardiente, pero podría ser más resumido. He hecho progresos en estética, o al menos me he afirmado en la labor a la que me dedico muy bien. *Sé cómo hay que hacerlo*. ¡Oh, Dios mío! Si escribiera con el estilo del cual tengo la idea, ¡qué escritor sería! Hay en mi novela un capítulo que me parece bueno y del cual no me dices nada, aquel de su viaje a América y todo el hastío de ellos mismos seguido paso a paso. Hiciste la misma reflexión que yo a propósito del *Viaje a Italia*. Es pagar caro un triunfo de vanidad que me halagó, lo confieso. Adiviné, eso es todo. No tan soñador ahora que lo pienso, sé ver y ver como ven los miopes, hasta los poros de las cosas, porque meten hasta la nariz. Hay en mí,

literariamente hablando, dos buenos hombres distintos: uno que está enamorado de *gritos*, de lirismo, de grandes vuelos de águila, de todas las sonoridades de la frase y de apogeos de la idea; otro que indaga y ahonda la verdad tanto como puede, que ama acusar el menor de los hechos tan fuertemente como el grande, que quisiera hacerte sentir casi *materialmente* las cosas que él reproduce; aquel ama reírse y se complace en las animalidades del hombre. La *Educación sentimental* ha sido, sin que yo sepa, un esfuerzo de fusión entre estas dos tendencias de mi espíritu (hubiera sido mucho más fácil hacer lo humano en un libro y el lirismo en otro). Fracasé. Algunos retoques que se le hacen a esta obra (los haré quizá), serán siempre defectuosos; faltan muchas cosas y es siempre por la *ausencia* que un libro es débil. Una cualidad nunca es un defecto, no hay exceso. Pero si esta cualidad se traga la otra, ¿es siempre una cualidad? En resumen, habría que, para la *Educación*, volver a escribir o al menos suspender el conjunto, volver a hacer dos o tres capítulos y, lo que me parece más difícil de todo, escribir un capítulo que hace falta, en donde se mostraría cómo, fatalmente, el mismo tronco debió bifurcarse, es decir, por qué tal acción ha traído este resultado en este personaje más bien que en tal otro. Las causas se muestran, los resultados también; pero el encadenamiento de la causa al efecto no es el punto. He aquí el vicio del libro, y cómo miente por su título.

Te dije que la *Educación* había sido un ensayo. *San Antonio* es otro. Tomando un tema en el que estaba completamente libre en cuanto a la lírica, movimientos, desordenamientos, me sentía entonces bien en mi naturaleza y no tenía más que dejarme llevar. Nunca volveré a encontrarme tan despreocupadamente de estilo como lo estuve durante dieciocho largos meses. ¡Cómo tallaba con todo mi corazón las perlas de mi collar! Sólo olvidé una cosa, el hilo. Segundo intento y peor que el primero. Ahora, estoy en el tercero. Es, sin embargo, hora de lograrlo o de arrojarse por la ventana.

Lo que me parece hermoso, lo que quisiera hacer, es un libro sin nada, un libro sin atadura exterior, que trascienda por sí mismo por la fuer-

za interna de su estilo, como la tierra que sin ser sostenida se tiene en el aire, un libro que casi no tuviera tema o al menos en el que el argumento fuera casi invisible, de ser posible. Las obras más bellas son aquellas en las que hay muy poco material; en cuanto más se acerca la expresión al pensamiento, en cuanto más se adhiere la palabra y desaparece, más hermoso es. Creo que el futuro del arte está en este sentido. Lo veo, a medida que se hace más grande, haciéndose etéreo tanto como sea posible, desde los pilones egipcios hasta las ojivas góticas, y desde los poemas de veinte mil versos de los indios hasta los bosquejos de Byron. La forma, haciéndose hábil, se atenúa; se despoja de toda liturgia, toda regla, toda medida; abandona lo épico por lo romano, el verso por la prosa; no reconoce ya ortodoxia y es libre como cada voluntad que la produce. Esta liberación de la materialidad se encuentra en todo y los regímenes la han dominado, desde los despotismos orientales hasta los socialismos futuros.

Es por esto que no hay temas ni hermosos ni villanos y que se podría casi establecer como axioma, hablando desde el punto de vista del arte puro, que no hay en él, el estilo, siendo en sí solo, una manera absoluta de ver las cosas.

Será necesario un libro para desarrollar lo que quiero decir. Escribiré de todo esto en mi vejez, cuando no tenga nada mejor que garabatear. Mientras tanto, trabajo en mi novela con todo el ánimo. Los buenos tiempos de *San Antonio*, ¿van a volver? ¡Que el resultado sea otro, Señor Dios! Voy lentamente: en cuatro días he hecho cinco páginas, pero hasta ahora me divierto. Encontré aquí serenidad. Hace un tiempo horroroso, el río tiene la fuerza del océano, ni un gato pasa debajo de mis ventanas. Me siento inspirado.

La madre de Bouilhet y Cany entero están *enfadados* contra él por haber escrito un libro tan inmoral.¹¹ Constituye un gran escándalo. Se le mira como un *hombre de espíritu*, pero perdido; es un paria. Si había tenido algunas dudas sobre el valor de la obra y del hombre, ya no las tendré. Esta consagración le hacía falta. No puede tenerse una más hermosa: ¡ser rechazado por su familia y por su país! (Hablo muy en serio).

Hay ultrajes que te compensan todos los triunfos, silbidos que son más dulces para el orgullo que los bravos. He aquí pues, para su biografía futura, clasificado gran hombre según todas las reglas de la historia.

Me recuerdas en tu carta que te prometí muchas ternuras. Voy a enviarte la verdad o, si me amas mucho, voy a hacer personalmente de ti mi liquidación sentimental no a causa del fracaso. (¡Ah! qué hermoso). En el sentido más elevado de la palabra, en el sentido maravilloso y soñado que deja a los corazones asombrados después de este alimento imposible, y bien no, no es el amor. Tanto exploré estos asuntos durante mi juventud que quedé aturdido para el resto de mis días. Siento por ti una mezcla de amistad, atracción, aprecio, ternura, incitación de los sentidos, que hacen un todo complejo, del que no sé el nombre, pero que me parece sólido. Hay para ti, en mi alma, bendiciones empañadas. Estás allí en un rincón, en un lugar dulce, tú sola. Si deseo a otras en ese rincón, tú permanecerás allí, sin embargo (eso me parece; serás como la esposa, la preferida, aquella a quien se vuelve); y, ¿no es pues en virtud de un sofisma que se negaría lo contrario? Explora bien en ti: ¿hay un sentimiento que hayas tenido antes y que haya desaparecido? No, todo permanece, ¿no es cierto? Todo. Las momias que se guardan en el corazón no caen nunca en el olvido y, cuando se inclina la cabeza por el tragaluz, se les ve desde abajo mirándote con sus ojos abiertos, inmóviles.

Los sentidos, un día, te llevan a otros lugares; el capricho se prenda de cosquilleos nuevos. ¿Qué produce eso? Si no te hubiera amado en un tiempo como lo querías entonces, no te amaría tanto ahora. Los afectos que rezuman gota a gota de tu corazón terminan por formar estalactitas allí. Es preferible a los grandes torrentes que lo arrebatan. He aquí la verdad y me aferro a ella.

Sí, te amo, mi pobre Louise, quisiera que tu vida fuera dulce de todas maneras, dulce, rodeada de flores y de alegrías. Amo tu belleza y tu rostro franco, la fuerza de tu mano, el contacto de tu piel bajo mis labios. Si te parezco duro, piensa que es la consecuencia de tristezas, preocupaciones ingratas y decaimientos mortuorios que me

acosan o me agobian. Todavía tengo muy en el fondo de mí ese sabor lejano de las melancolías de la edad media de mi país. Siento la niebla, la peste traída de Oriente y esto cae a un lado con sus cinceladuras, sus cristales y sus piñones de plomo, como las casas viejas de madera de Rouen. Es en este nicho que permaneces, mi hermosa; hay muchos chinches, escarba.

Aún, un beso en tu boca rosa.

Tuyo.

Croisset, noche del sábado 31 de enero de 1852

[...] Mala semana. El trabajo no avanzó; había llegado a un punto en el que no sabía qué más decir. No eran más que matices y finezas donde yo mismo no veía ni gota, y es muy difícil expresar claramente mediante las palabras lo que aún está oscuro en tu pensamiento. He esbozado, estropeado, chapoteado, tanteado. Quizás vuelva a orientarme ahora. ¡Oh! ¡Qué travesura es el estilo! No te figuras, creo, el género de este libro. Así como soy descuidado en mis otros libros, en éste trato de ir bien abrochado y seguir una línea geométrica recta. Ningún lirismo, nada de comentarios, personalidad del autor ausente. Será triste de leer; habrá atrocidades de miseria y fetidez. Bouilhet, quien vino el domingo pasado a las tres, cuando acababa de escribirte mi carta, piensa que estoy en el tono y espera que será bueno. ¡Dios lo oiga! Pero, en cuanto al tiempo, va tomando proporciones formidables. Seguramente no habré terminado a comienzos del próximo invierno. No escribo más de cinco o seis páginas cada semana.

Los versos de *La Presse*¹² me parecieron mejor que en la primera lectura, aunque hay en esta obra un defecto mayor: el no tener relación la primera parte con la segunda. El Oriente (primera), Hypathie (segunda) eran muy buenos para ocasionar dos piezas separadas. No se ve muy claramente cómo la primera conduce a la segunda. En cuanto a la dedicatoria, entre nosotros, era un poco libre con relación a Max. Ya que tú se lo habías dedicado manuscrito, es demasiado gracioso cambiarlo por la forma impresa.

No tengo ninguna noticia de él. La prosa fina es una buena idea, aunque tuviera, aquí y

allí, elementos salidos de tono. Para la historia del joven Maxime, es, creo yo, verdad desafortunadamente. Es probable que él ignore esta publicación. Al menos, no me habló nunca de ella. Por lo demás, siempre pensó, en efecto, ser mucho más rico de lo que era.

A propósito de dinero, como tú quieras, querida mujer. Lo que te ofrecí estará siempre a tu disposición. Siéntete como si lo tuvieras en un cajón en Croisset. Te lo enviaré cuando me digas.

¿Así que te interesa el bueno de *San Antonio*? Sabes que me mimas con tus elogios, pobre querida. Es una obra fallida. Hablas de perlas. Pero las perlas no hacen el collar; es el hilo. Yo mismo fui en *San Antonio* el san Antonio y lo olvidé. Es un personaje por hacer (lo que no es poca dificultad). Si hubiera para mí una manera cualquiera de corregir este libro, estaría muy contento, pues puse en él mucho, mucho tiempo y mucho amor. Pero no estaba lo suficientemente maduro. Había trabajado mucho los elementos materiales del libro, la parte histórica, quiero decir, me figuré que el guión ya estaba hecho y me metí en él. *Todo depende del conjunto*. A *San Antonio* le hace falta; la sucesión de ideas severamente seguidas no tiene su paralelismo dentro de la totalidad de los hechos. Aun con muchos andamiajes dramáticos, hace falta lo dramático.

Me auguras porvenir. ¡Oh! ¡Cuántas veces he caído al suelo, con las uñas sangrando, las costillas rotas y zumbándome la cabeza después de haber querido escalar a punta de pico esta muralla de mármol! ¡Cómo he desplegado mis alitas! Pero el aire pasaba a través de ellas en vez de sostenerme y, al caer rodando entonces, me veía en el fango del desánimo. Una fantasía indomable me impulsa a empezar de nuevo. Iré hasta el fin, hasta la última gota de mi cerebro exprimido. ¿Quién sabe? El azar tiene golpes de suerte. Con un sentido recto del oficio que se desempeña y una voluntad perseverante, se llega a lo estimable. Me parece que hay cosas que sólo yo siento, que otros no han dicho y que yo puedo decir. Este aspecto doloroso del hombre moderno que tú observas es el fruto de mis años jóvenes. Pasé una buena juventud con el pobre Alfred.¹³ Vivíamos en un invernadero ideal donde la poesía nos calentaba el hastío de la vida

hasta 70° Réamur. ¡Qué hombre aquél! Jamás he hecho viajes semejantes a través de los espacios. Íbamos lejos, sin dejar el rincón de nuestro fuego. Subíamos alto, aunque el techo de mi cuarto fuera bajo. Hay tardes que permanecen en mi memoria, conversaciones de seis horas consecutivas, paseos por nuestras costas y aburrimientos a dúo, ¡aburrimientos, aburrimientos! Todos estos recuerdos me parecen de color bermejo y arden tras de mí como incendios.

Me dices que empiezas a comprender mi vida. Habría que conocer sus orígenes. Algún día, me escribiré [sic] a mis anchas. Pero entonces ya no tendré la fuerza necesaria. No poseo otro horizonte que el que me rodea

inmediatamente. Me considero como si tuviera cuarenta años, como si tuviera cincuenta años, como si tuviera sesenta años. Mi vida es un engranaje montado. Lo que hago hoy, lo haré mañana, lo hice ayer. He sido el mismo hombre hace diez años. Resultó que mi organización es un sistema; todo sin idea preconcebida de uno mismo, por la inclinación de las cosas, que hace que el oso blanco viva en los hielos y que el camello camine sobre la arena. Soy un hombre-pluma. Siento por ella, a causa de ella, en relación con ella y mucho más con ella. A partir del próximo invierno verás un cambio aparente. Pasaré tres inviernos gastando algunas zapatillas. Luego volveré a mi guarida, en donde reventaré desconocido o ilustre, manuscrito o impreso. Sin embargo hay en el fondo algo que me atormenta, es el desconocimiento de mi medida. Este hombre que se dice tan tranquilo está lleno de dudas sobre sí mismo. Quisiera saber hasta qué nivel puede subir y la potencia exacta de sus músculos. Pero pedir aquello es ser muy ambicioso, pues el conocimiento preciso de su fuerza no es tal vez otro que el genio. Adiós, mil

besos desde el hombro hasta la oreja. Guarda todos mis manuscritos. Yo mismo te llevaré *La Bretagne*.¹⁴

Tuyo.

**(Croisset) domingo en la noche, 11 p.m.
19 de septiembre de 1852**

Me permitirás, querida Louise, no hacerte elogios por tu buen olfato sicológico. Crees todo

lo que la madre Roger¹⁵ te contó, con una fe infantil. Es una presumida, esta mujercita. La petición que hizo de escribir a Bouilhet equivale, me parece a mí, a un gesto muy orgulloso. ¿Tiene dudas? He aquí el punto difícil a aclarar. No creo ni en su constitución debilitada por los

excesos de su marido, ni en las noches pasadas “con su espíritu y su corazón” y eso sobre todo no me pareció ni *verdad*, ni *sentido*; ella busca otra cosa.

La pasión *desbordada* durante diez años por Hugo me parece igualmente un chiste ciclópeo. El gran hombre debió saberlo, y desde entonces, disfrutarlo en su condición de libertino que es, al menos que esta pasión no sea una pose. Date cuenta de que ella sólo hace confidencias a medias, que no le confiesa relativamente nada a Énault.¹⁶ ¡Hay, en el fondo de todo esto, una gran miseria! Que mienta a sabiendas, puede que no. No se le ve nunca claridad, sobre todo cuando habla, la palabra desborda el pensamiento, lo exagera, lo evita, incluso. ¡Las mujeres, además, son tan ingenuas, aun en sus gestos, toman tan en serio su papel, se incorporan también a él, que terminan pareciéndolo! Pero hay por otra parte tal idea de que se es casta, ideal, que no debe amarse sino al alma, que la carne es vergonzosa, que sólo el corazón tiene buen tono. ¡El corazón! ¡El corazón! ¡Oh! He aquí una palabra funesta; ¡y cómo lleva de lejos!

**¡OH, DIOS MÍO!
SI ESCRIBIERA CON EL ESTILO
DEL CUAL TENGO LA IDEA,
¡QUÉ ESCRITOR SERÍA!**

El deseo de llegar a ti, el día del premio, el coche que espera en la puerta, la lluvia, etc., eso es verdad, por ejemplo, igual que el fastidio del peso conyugal. Pero ella no dice que soñaba con otro hombre y, en medio del disgusto, tal vez encontraba allí el placer, a causa de ello. Predicción: se besarán y al 72 campanazo, ella sostendrá que sólo ama a nuestro amigo *de corazón* o *de razón*. Este valiente órgano genital es el fondo de las ternuras humanas; no es la ternura, sino el *substratum* como dirían los filósofos. Nunca ninguna mujer ha amado a un eunuco y si las madres acarician a sus hijos más que los padres, es porque han salido de su vientre y el cordón umbilical de su amor permanece en su corazón sin ser cortado.

Sí, todo depende de eso, por más humildes que seamos. También yo quisiera ser un ángel; me disgusta mi cuerpo, me disgusta comer, dormir y tener deseos. Soñé con la vida de los conventos, el ascetismo de los brahmanes, etc. Es este disgusto de la miseria lo que hizo inventar las religiones, los mundos ideales del arte. El opio, el tabaco, los licores fuertes complacen esta inclinación al olvido; heredé de mi padre una cierta piedad religiosa para los borrachos. Tengo como ellos la tenacidad de la inclinación y las desilusiones al sueño.

¡Cómo me fastidia mi *Bovary*! Sin embargo, voy teniendo más claridad. ¡Nunca en la vida escribí algo más difícil que lo que hago ahora, el diálogo trivial! Esta escena de la posada va a requerirme tal vez tres meses, no sé nada de eso. Por momentos me dan ganas de llorar, tal es mi impotencia. Pero me reventaré antes de eludirla. Debo poner a la vez cinco o seis personajes en la misma conversación (que hablan), otros (de quienes se habla), el lugar en el que se está, todo el país haciendo descripciones físicas de personas y de objetos, y mostrar en medio de todo aquello a un señor y una dama que empiezan (por una coincidencia de gustos) a enamorarse el uno del otro. ¡Si tuviera ya el lugar! Pero es necesario que todo sea rápido, sin ser inexpresivo y atrevido, sin que sea pasmoso, siendo cuidadoso, para lo que sigue, otros detalles que serán más impresionantes. Voy a hacerlo todo con mucha rapidez y proceder por

grandes bosquejos de ensambles sucesivos; a fuerza de volver sobre ellos, se encadenarán tal vez. La frase en sí misma me es muy dificultosa. Necesito hablar, en estilo escrito, de personas demasiado comunes, y la cortesía del lenguaje le quita mucho de lo pintoresco a la expresión!

Me hablas ahora, pobre querida Louise, de gloria, de porvenir, de aclamaciones. Ya no tengo este viejo sueño, porque lo he tenido durante demasiado tiempo. No hago alarde aquí de una falsa modestia; no, no creo en nada. Dudo de todo ¿y qué importa? Estoy muy resignado a trabajar toda mi vida como un negro sin la esperanza de una recompensa, cualquiera que sea. Es una úlcera que me irrita, eso es todo. No me faltará ocupación (es lo que importa). ¡Ojalá la Providencia me deje siempre fuego y aceite! En el siglo pasado, algunas personas de letras, sublevadas de exacción de comediantes en su opinión, quisieron poner remedio. Se predicaba Piron de poner el cascabel: “Ya que al fin de cuentas no eres rico, mi pobre Piron”, dice Voltaire. “Es posible, responde él, pero actúo como si lo fuera”. Bella expresión y que hay que seguir por el bien de las cosas de este mundo, cuando no se está decidido a hacerse volar los sesos. Y luego la hipótesis misma del éxito admitido, ¿qué certitud atrae hacia él? A menos de ser un cretino, se muere siempre en la incertidumbre de su propio valor y del de sus obras. Virgilio mismo, mientras moría, quería ver triunfar la *Eneida*. Cuánto no hubiera hecho por su gloria. Cuando se compara a lo que te rodea, se admira; pero cuando se elevan los ojos más alto, hacia los maestros, hacia lo absoluto, hacia el sueño, icómo se desprecia a sí mismo! Leí estos últimos días una cosa hermosa, para conocer la vida de Carême el cocinero. No sé por qué transición de ideas llegué a pensar en este ilustre inventor de salsas y busqué su nombre en la *Biografía universal*. Es magnífico como existencia de artista entusiasta; sería la envidia de más de un poeta. He aquí sus frases, como se le decía de mezclar su salud y trabajar menos: “El carbón nos mata, decía, ¿pero qué importa? Menos días y más gloria”. Y en uno de sus libros en el que confiesa que era goloso: “...pero me iba tan bien mi profesión que no paraba de comer”.

Este *parar de comer* es enorme en un hombre de quien era el arte.

Cuando vuelvas a ver a Nefftzer, *no le hables más* del artículo.¹⁷ Ahora daríamos mucho, por el contrario, porque no apareciera (y creo que nuestro deseo será cumplido). Más vale tener algo que reprocharles [secretamente] a estos buenos señores, nuestros amigos, que echarles algo en cara; entonces, no digas ni una palabra.

Creo que los periódicos de Rouen van a hablar de ti; al menos eso prometieron. ¡Pero qué creerles a semejantes peleles!

La publicación, los intelectuales, París, todo eso me da náuseas cuando pienso en ello. Mejor sería que yo no haga *lamentar* nunca a ninguna prensa. ¿Para qué causarse tanto mal? Y además, el propósito no está allí. Sea como sea, si algún día meto mis pies en este fango, será como lo hacía en las calles de El Cairo cuando llovía, con botas de cuero rusas que me llegaban hasta el vientre.

Es a ti donde mi pensamiento vuelve cuando hago el círculo de mis ilusiones; me tiendo como un viajero fatigado sobre la hierba de la pradera que bordea el camino. Cuando me despierto pienso en ti y en tu imagen. Durante el día, aparece de cuando en cuando entre las frases que busco. ¡Oh, mi pobre triste amor, permanece! ¡Estoy tan vacío! Si amé demasiado, fui poco amado en recompensa (en cuanto a las mujeres al menos) y eres la única que me lo ha confesado. Las otras, por momentos, pudieron gritar de voluptuosidad o amarme como buenas niñas durante un cuarto de hora o una noche. ¡Una noche! Demasiado tiempo, ya no me acuerdo. Y bien, declaro que se equivocaron; yo valía mucho más que otros. ¡Lo lamento por ellas por no haber aprovechado! Este amor parlanchín y violento, el *nácar de la mejilla*, del que tú hablas, y los *borbotones* de ternura, como hubiera dicho Corneille, había en mí todo eso. Pero me hubiera vuelto loco si alguien hubiera guardado para sí este pobre tesoro sin etiqueta. Es entonces una suerte: sería ahora un estúpido. El sol, el viento, la lluvia han aportado algo, mucho se impregnó en la tierra, el resto te pertenece, vaya; todo es para ti, solo para ti.

Bouilhet te enviará próximamente dos obras para ponerles música (si eso es posible, de lo cual

tiene dudas). Se fue a acostar. Yo mismo llevaré mañana esta carta al correo. Debo ir a Rouen a un entierro; ¡iqué hartera! No es el funeral lo que me entristece, sino encontrarme a todos los burgueses que allí estarán. Contemplar a la mayoría de mis semejantes se me hace cada vez más odioso, mentalmente hablando.

Adiós, mil ternuras, mil caricias. Nos volveremos a ver en Mantes como lo deseas.

Te beso por todas partes.

Tuyo, tu Gustave. ■

Notas

¹ “Tout ondoyant et divers”. Montaigne.

² Víctor Cousin.

³ Autor de las *Ruines ou méditations sur les révolutions des empires* (1791).

⁴ Alfred de Vigny, autor de *Stello*, publicada en 1832.

⁵ Alfred de Musset, *Rolla*: “Llegué demasiado tarde a un mundo demasiado viejo” (Poesías completas, Biblioteca de la Pléiade).

⁶ Canción de Béranger titulada *El desván*.

⁷ Hippolyte Colet.

⁸ El miércoles 28 de julio de 1847, aniversario de su primera noche de amor; del miércoles 29 al jueves 30 de julio de 1846. Ver carta del 6 de agosto de 1846.

⁹ Un álbum de autógrafos que Louise Colet, sin dinero, trataba de vender en Inglaterra.

¹⁰ Se trata naturalmente de la primera *Educación sentimental*, redactada de febrero de 1843, la noche del 7 de enero de 1845, “a la una de la mañana”.

¹¹ Cany: Bouilhet era oriundo de Cany en el país de Caux. Un libro inmoral: *Melaenis*, poema en cinco cantos de Louis Bouilhet publicado en la *Revue de Paris* del 1.º de noviembre de 1851.

¹² Se refiere a la primera *Educación sentimental*.

¹³ Alfred Le Poittevin.

¹⁴ *Par les champú et par les grèves, voyage en Bretagne*, escrito por Flaubert y por Du Camp. (Du Camp los capítulos pares y Flaubert los capítulos impares). El manuscrito de Flaubert tiene la fecha del 3 de enero de 1848.

¹⁵ Edma Roger des Genettes, de quien Bouilhet se convertirá en amante el 3 de diciembre de 1853.

¹⁶ Louis Énault, entonces su amante.

¹⁷ El artículo de Flaubert sobre el poema de Bouilhet, *Melaenis*; este artículo permanecerá en proyecto.